

J. Paulorena

**PACIENTE
101**

EC.O
EdicionesCivicas.O

“Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la Tierra”.

Génesis 1.28

“Amor es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad”.

Gottfried Leibniz

S. XVII–XVIII de la era Pre-Espacial

“El producto básico de la Humanidad es el ser humano. El fin último del ser humano es la Humanidad”.

Ley de Demografía Humana

S.VI de la era Espacial

Miró a la niña y se estremeció.

—Te quiero.

Nunca antes había pronunciado tal blasfemia, pero la niña sonreía como solo ella sabía hacer.

—Yo también te quiero.

El comisario del Gobierno la abrazó con una pasión de creyente. Todo su ser había despertado gracias a aquella criatura a la que rodeaba entre sus brazos.

Debía protegerla, y solo había una forma de hacerlo.

Ella le miró con amor y él se sintió absuelto de todos los pecados cometidos en nombre de la Humanidad. Por primera vez en su vida, el comisario Joss sonrió.

Y empujó a la niña con fuerza a través de la ventana.

Hoy era el cumpleaños de Malcolm. Veinte años, edad adulta. Se encontraba en pleno apogeo de su vida.

Salió del centro educacional sabiendo que nunca más volvería allí. Atrás quedaba la adolescencia, años de dura preparación para convertirse en un humano y en un buen ciudadano.

Malcolm levantó los hombros ante la ciudad y arqueó las cejas mostrando satisfacción a una población inmersa en sus implantes. Envío unas últimas órdenes a los domésticos que trasportaban sus pertenencias y los robots se escabulleron por las pasarelas de comunicación. Los domésticos del centro educacional se encargarían de llevar el resto de su equipaje, desembalarlo y terminar de organizar su nueva casa.

Las cejas de Malcolm se arquearon más aún. El Gobierno reconocía en él a un varón adulto y le entregaba una vivienda en propiedad en su vigésimo cumpleaños. Era ya un ciudadano independiente y podía firmar contratos matrimoniales.

De camino a la estación, Malcolm accedió a su implante y la retina izquierda quedó bañada por la verde aureola de la conexión. Entre diversos anuncios de comunicación social y ofertas de consumo, el Tesoro le enviaba un mensaje privado informándole de que, a partir de ése momento, el crédito de su cuenta personal estaba a su disposición. El trabajo como práctico en el hospital y las frecuentes donaciones de esperma habían servido para pagar los gastos del centro educacional y,

ahora que era adulto, se encontraba con que poseía una gran cantidad de energía para gastar. Podía acceder con libertad a los recursos de la ciudad y mejorar su calidad de vida.

Edad adulta, humano reconocido y ciudadano privilegiado. El mundo se abría ante él.

Controló un suspiro de satisfacción y alzó la mirada hacia la oscuridad jaspeada por quitasombras que parecían astros de caverna, hacia las titánicas fachadas de los edificios colmena surcados por pasarelas de comunicación similares a telas de araña, a los circuitos magnéticos del sub que movían vagones a velocidad de vértigo.

Malcolm pensaba que todo aquello le pertenecía, pero miró más allá de donde debía, hacia las cúpulas de contención atmosférica que emergían sobre la corteza terrestre y se adentraban en el Exterior. Y bajó la vista acobardado pues ahí arriba brillaba el Sol.

Malcolm recompuso su gesto, ser adulto significaba que era un humano capaz de controlarse y la estación estaba abarrotada de gente, todos quietos para no tocarse ni por descuido. Los altavoces informaron de la llegada de un vagón y el número disponible de viajeros que podían acceder a él.

Vio a un grupo de prácticos. Hasta ayer mismo había sido un igual entre ellos, con algunos había compartido habitación en el centro educacional y, con todos, conversaciones en el transporte por vía implante. Los hombros y cejas de Malcolm se alzaron con orgullo.

Cuando los prácticos vieron a Malcolm, agacharon la cabeza con respeto y le cedieron con deferencia el puesto dentro del vagón. Le enviaron felicitaciones pero

no compartieron con él la conexión. Las puertas se cerraron, ellos se quedaron fuera y Malcolm se fue solo rumbo al hospital.

Los cambios en su vida no habían hecho más que empezar. Por un instante sintió inquietud, pero las ventajas de hacerse adulto compensaban perder una línea de comunicación social. Había dejado de ser un práctico y aquellos ya no eran amigos suyos. No importaban.

Bajó del sub y cruzó la pasarela que llevaba a la entrada más cercana del hospital. Las puertas para residentes se desbloquearon y le permitieron acceso. Otro incentivo en su vida. Malcolm ya no tendría que esperar nunca más a los ascensores públicos y la vorágine de visitantes. Era un reputado profesional del hospital Malena.

Entró en el lujoso ascensor para personal junto con un silencioso grupo de doctoras. Una de ellas era Connie. En las últimas semanas había trabajado como práctico en su equipo de médicos y funcionaban muy bien juntos. Sin embargo, a Malcolm le llamaba la atención su barriga desaprovechada, al contrario que la del resto de mujeres del ascensor. Como buenas ciudadanas y aspirantes a mejorar sus cuentas de energía, todas estaban embarazadas. Todas excepto la doctora Connie.

Era curioso y él no lo entendía, aunque también tenía claro que no era asunto suyo. En una sociedad densamente poblada, la vida privada era un bien de lujo que todo ciudadano educado respetaba.

Ella se percató de su mirada y él la saludó rompiendo el silencio en verde del ascensor.

— Buen día, doctora.

—Felicidades, doctor —respondió Connie con su habitual formalidad.

Él elevó las cejas para mostrar una sonrisa satisfecha. A Malcolm le agradaba que ella se hubiera acordado de felicitarle, pero sobre todo le gustaba cómo sonaba el título de doctor por los matices nobiliarios que tenía en una sociedad que rendía culto al cuerpo.

Sin duda, hoy era un día de grandes cambios para Malcolm. No solo se convertía en humano, un ciudadano con plenos derechos y obligaciones; también ascendía a doctor. Significaba que era un profesional y formaba parte de la clase privilegiada, de los elegidos por el Gobierno por sus características genéticas y aptitudes.

De todos los prácticos que había en el hospital y cumplían los veinte, solo siete habían sido ascendidos de categoría profesional, y él era el único hombre entre las aspirantes.

Malcolm tenía los marcadores genéticos apropiados y había sido entrenado para ser un ciudadano modelo.

—¡Sorpresa! —gritaron sus nuevos compañeros en el vestuario.

Puso cara de asombro y fingió la mesurada alegría que se esperaba de él. Se unió a las otras seis licenciadas que cumplían años mientras agradecía los mensajes de felicitación.

—No debíais haberos molestado —dijo mientras buscaba con la mirada cualquier paquete sospechoso que pudiera ser su regalo.

La administradora Andrews adelantó su prominente barriga sin variar su perenne gesto adusto. Tras dar un discurso normativo, fue una por una

entregándoles un maletín médico acompañado de palabras formales.

La administradora se encaró a Malcolm con una leve arruga en sus labios.

—El hospital Malena se complace de entregarle su primer meditech, doctor.

En el vestuario, taconearon el suelo en un aplauso. Aquello formaba parte de la evolución: el ser humano convertido en un profesional especializado.

Malcolm asentía con la cabeza a voces que no escuchaba. Hubo roces en su hombro, bromas y buenos deseos. El doctor posó para la foto oficial.

Todo estaba saliendo como habían predicho las magister. Esa mañana había mantenido una conversación de despedida con sus tutoras, que aprovecharon para recordarle cuáles eran sus metas, qué se esperaba de él.

En el centro educacional habían elaborado un ambicioso proyecto de futuro para Malcolm. En cinco años ascendería a cirujano de primer nivel y, en diez, sería el primer varón en la historia del hospital en ocupar el puesto de administrador. La vida del doctor era prometedora.

Malcolm arqueaba las cejas y agradecía los halagos sin prestarles demasiada atención. Estaba inmerso en sus aspiraciones pero Malena, la Inteligencia Artificial del hospital, interrumpió la celebración y le sacó de sus cábalas.

Todos callaron al instante, médicos y auxiliares supeditados a aquella voz artificial.

—*Atención, personal de día: ingreso de un niño con politraumatismos severos. Sala de cirugía 101.*

La administradora Andrews bajó la mano que imponía silencio.

—Doctor Malcolm, tiene usted su primer paciente.

Las cejas arqueadas de Malcolm eran una sonrisa trémula ante el taconeo de sus compañeros.

Su primer paciente era un niño, ¿aquello era una broma? En caso de serlo, era de mal gusto. El meditech, que aún seguía dentro de su envoltorio, demostraba que él era doctor, no veterinario.

Todo el mundo sabía que los niños estaban locos. Ni siquiera eran humanos, eran unos pequeños salvajes que carecían de raciocinio y se mostraban incapaces de asumir el control de sus acciones.

Pensó que la administradora Andrews quería ponerle a prueba, o bien que estaba celosa de su claro sucesor.

Malcolm caminaba enérgicamente por el pasillo junto al práctico Duncan, que había sido asignado en su equipo de médicos. La doctora Connie iba detrás, sería su supervisora en su primer día como doctor.

—Malena, informe preliminar.

La IA del hospital se manifestó como un holograma translúcido, un rostro fantasma carente de detalles.

—El análisis óseo calcula la edad en ocho años, hembra con pautas hormonales de nivel 3 en clase B. Los informes genéticos no revelan anomalías. La paciente presenta politraumatismos generales causados por el impacto de una caída próxima a los treinta metros de altura.

¿Y sigue viva?

—Detalles —exigió el doctor mientras las puertas del ascensor se cerraban.

El tubo neumático descendió cientos de metros bajo el subsuelo y, cuando las puertas se abrieron, el equipo ya tenía una idea clara de lo sucedido. La paciente se debió caer por la ventana de un hogar colmena y fue encontrada por un ciudadano anónimo, que se molestó en llamar a un deslizador ambulancia.

Los daños eran masivos, las constantes inestables y tenía escasas posibilidades de sobrevivir.

Más carne muerta que reciclar.

Quizás, después de todo, no fuera ninguna treta de la administradora Andrews.

La puerta de la sala de cirugía 101 se abrió y el doctor miró a la paciente.

La niña abrió los ojos, y entró en él para nunca más marcharse.

El impacto emocional dejó bloqueado a Malcolm durante unos segundos. Había algo en aquella niña que le perturbaba.

El doctor creía en su modo de vida, organizado y satisfecho. Como cualquier ciudadano, entendía y aceptaba los beneficios sociales y económicos que producía la descendencia. Uno de los siguientes movimientos establecidos en su carrera hacia la cumbre social era firmar un contrato matrimonial con alguna mujer, abrirle las puertas de su casa y producir demografía para el Gobierno.

El doctor compartía las creencias populares sobre los niños, unas criaturas infrahumanas y mentalmente desequilibradas que perturbaban el orden con sus conductas asociales. Malcolm no recordaba su infancia, ni quería. Era demasiado dolorosa y, como cualquier otra emoción intensa, debía ser escondida e ignorada hasta olvidar que siempre seguiría allí.

Pero algo había cambiado en él, algo había despertado en su interior al mirar aquel rostro inocente, sufriendo en silencio. Ojos llorosos, con miedo. Cuerpo pequeño y frágil, roto hasta lo imposible. Dentro de la sala de cirugía 101, ante aquella niña, Malcolm había recibido el último e inesperado regalo el día en que cumplía veinte años y empezaba a ser considerado humano.

El doctor observó a su equipo. Connie y Duncan trabajaban con empeño, se adelantaban a sus necesidades

y cumplían con sus obligaciones de manera eficaz. Estando ellos a su lado, pensó, tal vez la niña tuviera una oportunidad.

Volvió a centrarse en ella. Era difícil prestar atención a aquel animalillo herido y asustado, algo dentro de él se removía inquieto y le daba punzadas.

—¿Por qué no está sedada? —fue lo único que preguntó al verla sufrir.

Quería cerrar aquella mirada suplicante, estaba incómodo. Sentía una congoja que no era capaz de identificar.

El doctor había sido educado en una sociedad emocionalmente aséptica, donde la cultura tenía grabada en mármol la creencia de que las emociones eran impulsos vergonzosos que debían ser controladas y reprimidas pues emergían de la parte animal del ser humano.

Sin embargo, Malcom se sabía indefenso ante aquello que entraba a hurtadillas en su vida, igual que un regalo no deseado.

—Doctor, no se duerme —dijo Duncan.

Malcolm salió de su estupor y consultó el meditech recién estrenado. El informe coincidía con las lecturas realizadas por la IA del hospital.

—Prueba otra vez —ordenó.

La doctora Connie asintió y Duncan procedió con una nueva descarga de pulsos armónicos. La niña carecía de implante neurológico para conexión virtual, por lo que le habían colocado una cinta inductiva alrededor de su pelo sedoso apelmazado con costras de sangre seca.

El meditech mostró al doctor la respuesta fisiológica ante los armónicos. ¡Los contrarrestaban!

Pidió un sedante inyectable. Duncan dudó, en los años que llevaba como práctico nunca habían necesitado una inyección. Connie, eficaz, fue hasta la terminal y dio una orden. La hipodérmica salió de una bandeja que siseaba.

La química luchó contra la bioquímica, y la potencia artificial perdió ante la resistencia natural.

—¡Doctor, sigue despierta!

La niña lloraba y Malcolm se ahogaba en aquellas lágrimas saladas. Era incapaz de poner nombre a la preocupación que se comportaba como un ácido en sus entrañas.

Se inclinó sobre ella.

—Hola —quería ser suave pero su voz sonó ronca—. Soy el doctor... me llamo Malcolm.

El iris sobrecargado de tensión de la niña se hizo opaco debajo del cristal de lágrimas. Malcolm reconoció lo que ya sabía: no tenía ni idea de tratar con niños.

El doctor estaba más asustado que la moribunda.

—Voy a ayudarte —dijo.

Se apartó de la niña, dudó. Durante un latido la miró indefenso, como si ella fuera su salvadora y no al revés.

Quería explicarle que estaba en peligro de muerte, que la mitad de sus órganos habían reventado y que su cuerpo era un saco de sangre y huesos triturados. Quería decirle que era un milagro que hubiese sobrevivido. Quería contarle que iba a realizar una operación arriesgada y con escasas posibilidades de éxito pues había demasiados órganos para trasplantar, demasiados huesos por soldar, extirpación de esquiras en el cerebro... Quería hacer entender a la niña que no podía

dormirla, que su cuerpo rechazaba los sedantes y que debía realizar la operación con ella despierta. Lo que en verdad quería era suplicar su perdón.

Pero ni siquiera el aire salió por la boca del doctor.

Malcolm tenía en su interior un dolor fantasma, le desgarraba por dentro pero en ningún sitio en concreto. Era una sensación que nunca antes había tenido, una emoción que le atenazaba la garganta y aniquilaba su alma. Sin embargo, de manera incongruente, al mismo tiempo le otorgaba cierta libertad. La emoción daba miedo pero también le estimulaba superarlo, y su alma agradecía la aniquilación porque restauraba.

El doctor vivía un conflicto emocional, y no estaba preparado para entender qué le ocurría.

—Voy a ayudarte —repitió con decisión.

—Vale —dijo la paciente de la 101 con voz de cristal rota por el dolor.

—Connie, Duncan... ¿Est{is preparados?

Los dos habían visto las lecturas del meditech, los dos habían escuchado a la IA confirmar la suposición de Malcolm: la niña debía ser intervenida en el acto y no había posibilidad de sedarla.

Muy pocos sobrevivirían en dichas condiciones.

El doctor les vio asentir pero la duda estaba en ellos, igual que en él. ¿Las mismas dudas? No lo sabía.

—No os preocupéis. No pasa nada —dijo la paciente de la sala de cirugía 101 para tranquilizar a sus médicos.

El espectrómetro irradiaba una suave fosforescencia que incidía en el cuerpo de la niña, la IA analizaba la información telemétrica del organismo y las pantallas de proyección tridimensional replicaban su interior.

El doctor retiraba las diferentes capas holográficas del sistema biológico y las colgaba en el aire, dispuestas para ser analizadas por separado. Apartó directamente piel y músculos y observó el desastre que era el interior de la niña.

¡Marte! ¿Cómo era posible que siguiera con vida? Y lúcida.

Empuñó el láser, cortó carne y la sangre salió a borbotones. Los filtros depuradores de la sala no aislaban el olor de los humores y entrañas. Muchas doctoras se quejaban de ello, pero las más veteranas afirmaban que era bueno identificar el hedor de la enfermedad. La esterilizada sala 101 olía a sufrimiento, a llanto reprimido, a la orina incontrolada de la niña, a carne quemada por el l{ser...

A flores.

Por un instante, todo se desvaneció para Malcolm, tanto la sala de cirugía como la inquietud de su interior. Solo había un aroma a flores silvestres que evocaba una nostalgia olvidada.

Es un engaño de los sentidos, se dijo. Vio a Connie retroceder un paso, con su rostro mudado por la

sorpresa. Duncan dejó de atender la terminal informática y les miró confundido.

Sorpresa y confusión les despertaba la paciente de la 101.

La niña se mordía el labio inferior, estaba aterrada y había gemido cuando el fuego frío del instrumental le abrió la carne para dejar a la vista sus entrañas. Sufría, y la química no servía ni para dormirla ni para calmarla.

Malcolm sintió el impulso de hacer algo para tranquilizarla, pero no sabía cómo.

Se obligó a controlar su mente y continuó con su labor.

Procedimiento primario de daños: estabilización del cerebro. Procedimiento secundario de daños: estabilización general. Limpieza, cirugía, implantación de nuevos órganos...

— ¿Cómo va la recogida de células madre?

— Estoy en ello, doctor.

Connie acabó de tomar la muestra y se la entregó a Duncan. El joven, un año menor que Malcolm y un igual hasta aquel día, salió de su perplejidad cuando la doctora le puso la mano en el hombro.

Todo volvió a su eficacia habitual.

Duncan trabajaba conectado al laboratorio y clasificaba los marcadores genéticos para la replicación de nuevos órganos. Connie aspiraba con cuidado los restos de la hemorragia y Malcolm, quien había rechazado los hologramas para hacer él mismo un análisis completo con el meditech, examinaba cada contusión y programaba el procedimiento a seguir.

Era un general ante la mayor batalla de su vida.
Era un doctor con su primer paciente. Era un
hombre asustado por lo que estaba haciendo.

Los biorritmos, ya de por sí altos, subieron a picos
insoportables de crisis orgánica. El corazón palpitaba
alocadamente enviando un torrente de sangre por
arterias seccionadas. El rostro de la niña palideció,
sus ojos vidriosos alcanzaron, capturaron e
hipnotizaron la mirada de Malcolm.

—Veo —dijo la niña.

Y la paciente de la sala de cirugía 101 murió.